

Las políticas científico-educativas y las nuevas condiciones de los académicos en ciencias sociales del noreste de México

*Science and higher education policies and new conditions
for social science scholars in Northeast Mexico*

Juan Carlos Sordo Molina

RESUMEN

Como parte de la fase exploratoria de un proyecto más amplio, se analizaron las transformaciones que las políticas de ciencia y educación superior, ligadas a la instauración de un nuevo patrón de legitimación académica en México, han provocado en un segmento del profesorado, específicamente en el que realiza investigación científica en ciencias sociales en los estados del noreste. Las fuentes analizadas fueron, principalmente, entrevistas realizadas a 22 de estos académicos en las que se aborda la forma en que ellos conciben, valoran y se relacionan con estas políticas, así como los efectos que han tenido y las condiciones regionales e institucionales específicas de aplicación. Cuando ha sido posible, las impresiones de los entrevistados son contrastadas con datos construidos a partir de los padrones del Sistema Nacional de Investigadores o con antecedentes empíricos disponibles. Los resultados muestran una visión compartida ampliamente entre los académicos sobre un desarrollo considerable de su campo en las últimas tres décadas, producto en buena medida de las políticas referidas. También es muy extendida la percepción de que se ha entrado en una fase de estancamiento en ese desarrollo. Una de las principales explicaciones que se le dan es el desinterés o la hostilidad hacia su labor en los contextos locales, los cuales no habrían sido revertidos a pesar de su relativo crecimiento y legitimación. Entre las conclusiones preliminares que podemos extraer de estos resultados destacamos que, derivado del carácter exógeno de los impulsos que permitieron su desarrollo en la región, este segmento del profesorado tendría una articulación deficiente con buena parte de las dinámicas y los intereses de las instituciones de educación superior locales.

Palabras clave: Profesión académica, educación superior, campos científicos.

ABSTRACT

At the exploratory phase of a broader research project, we analyze the process of transformation triggered by science and higher education policies that imposed a new academic legitimacy pattern in a segment of the Mexican faculty, specifically, in social sciences research-professors in the Northeastern region. Semi-structured interviews were conducted with 22 of these scholars, addressing the way they understand, value, and relate to these policies, as well as their contextual conditions of implementation and their outcomes. When it was feasible, the perception of the interviewees was contrasted with data gathered from the record of the Sistema Nacional de Investigadores and with previous related publications. Findings revealed a broadly shared vision among scholars regarding a substantial development of their academic field in the last three decades, largely due to the implemented policies. There is also a widespread perception that this development has reached a phase of stagnation, and most of them argued that it is caused, primarily, by hostility and lack of interest in social sciences in local cultural and institutional contexts. Furthermore, from these results we can draw a relevant preliminary conclusion: since their regional growth was driven mainly by exogenous forces, this faculty subset is poorly articulated with most working dynamics and interests of local higher education institutions.

Keywords: Academic profession, higher education, scientific fields.

Juan Carlos Sordo Molina. Universidad Regiomontana, Monterrey, México. Profesor-investigador en el Centro de Estudios Interculturales del Noreste. Doctor en Estudios Humanísticos por el Tecnológico de Monterrey, con especialidad en Estudios de Ciencia y Cultura. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Dirige actualmente un proyecto de Ciencia Básica CONACYT sobre la participación de investigadores formados en el extranjero en el desarrollo reciente de las ciencias sociales en el noreste de México. Correo electrónico: jsordo@u-erre.mx. ID: <https://orcid.org/0000-0002-0742-3757>.

Introducción

A partir de la década de 1980 comenzaron a implementarse políticas científico-educativas que buscan ejercer un mayor control sobre las instituciones de educación superior (IES) desde las instancias federales para elevar la calidad de la educación superior en México. Aunque estas políticas son diversas y han tenido variaciones, básicamente se ejercen a través de evaluaciones de “las instituciones, los programas y los individuos” que condicionan el acceso a “programas de financiamiento adicional” (Álvarez, 2004, p. 20). Son aplicables principalmente a las instituciones públicas, pero también, en cierto grado, a las privadas. Lógicamente, uno de sus ejes principales ha sido la modificación de aquello que se espera del personal académico y de las reglas que rigen sus carreras (Galaz y Gil, 2009).

El Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y el Programa de Mejoramiento del Profesorado (PROMEP, luego PRODEP), creados respectivamente en 1984 y 1996, son dos de los mecanismos que posicionaron la figura del profesor-investigador de tiempo completo como uno de los perfiles más valorados en la profesión académica. Los criterios de calidad de estos programas concurren con otros dirigidos a los programas educativos y a las instituciones, como son el Padrón Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC, antes PNP) y el Programa Integral de Fortalecimiento Institucional (PIFI). En conjunto estos programas, además de premiar la dedicación exclusiva a la vida académica y la participación en la investigación científica, impusieron estándares similares a los de países desarrollados que se supone garantizan la calidad de estas actividades (productividad, meritocracia, competencia por recursos, etc.), lo que Álvarez ha denominado un nuevo patrón de legitimación académica (2004).

Una proporción considerable del profesorado incorporó este nuevo patrón de legitimación. De ello pueden dar cuenta diversos indicadores. Los miembros del SNI pasaron de 1,396 en 1984 a 30,548 en el año 2019. Solamente entre 1992 y el 2007 la proporción de los profesores de tiempo completo que contaban con estudios de posgrado pasó de 49.6% a 85.2%, y la de los que habían publicado al menos un producto de investigación creció de 65.4% a 80.2% (Galaz-Fontes, Gil-Antón, Padilla-González, Sevilla-García, Arcos-Vega y Martínez-Stack, 2009).

Ahora bien, este proceso de cambio en las carreras académicas ha tenido trayectorias y desenlaces diversos. En primer lugar porque las regiones y las instituciones tenían puntos de partida claramente desiguales en cuanto a las capacidades de su profesorado y a sus condiciones organizacionales. Además la figura del profesor-investigador fue adquiriendo características particulares dentro de cada subsistema de educación superior y de cada institución, con diferencias en su reconocimiento académico, sus incentivos extrasalariales y sus responsabilidades laborales. En al-

gunas instituciones incluso se asume y se incentiva la presencia de esta figura, pero no se la reconoce como una categoría laboral. Asimismo, según Gil y Contreras (2017), la adopción de esta figura ha tenido implicaciones diferentes en las distintas áreas disciplinares, ya que los criterios con los que fue modelada responden a los patrones tradicionales propios de las ciencias físico-matemáticas.

Ante este panorama, decidimos analizar cómo el profesorado que realiza investigación en ciencias sociales en las IES del noreste de México se ha adaptado a este proceso de cambio político-institucional y a las exigencias a las que somete su trabajo, así como la forma en que perciben su situación y su entorno académicos. Esta delimitación disciplinar y geográfica viene dada por el proyecto¹ del que este trabajo se desprende. Además la consideramos especialmente pertinente debido a que el campo de las ciencias sociales en México ha mostrado una alta heterogeneidad regional en su grado de desarrollo y se ha caracterizado por la dificultad para establecer estándares modernos a la actividad científica (Álvarez, 1999). Asimismo, aunque el desarrollo de este campo científico ha sido estudiado con frecuencia, justamente su manifestación en el noreste del país ha sido escasamente atendida.

Concretamente, aquí se comparten los resultados de un análisis preliminar de 22 entrevistas semiestructuradas con profesores-investigadores de tiempo completo en ciencias sociales de los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas,² sobre el desarrollo reciente de su campo académico en la región. En este análisis se prestó especial atención a la forma en que ellos conciben, valoran y se relacionan con las políticas científico-educativas referidas, así como a los efectos que han tenido en el desarrollo de su campo y a las condiciones regionales e institucionales específicas en que dichas políticas se han implementado. Cuando ha sido posible (dada la escasez de información desagregada por disciplina y entidad federativa), las impresiones vertidas por los entrevistados son contrastadas con indicadores cuantitativos construidos a partir de bases de datos del propio CONACYT o con antecedentes empíricos publicados sobre el desarrollo científico regional.

Resultados

Papel de las políticas científico-educativas en el desarrollo del campo académico

Hay un amplio acuerdo entre los académicos entrevistados –y en la literatura disponible– de que en las últimas décadas ha ocurrido un considerable avance en el campo académico de las ciencias sociales en el noreste. Apenas en las décadas de 1960 y 1970 se identifican las primeras experiencias de una actividad científico-social de rasgos modernos, aunque no se registra que hayan tenido continuidad. En las dos décadas siguientes se abrieron programas de licenciatura en diversas

¹ Se trata del proyecto “Profesores-investigadores formados en el extranjero. Evaluación de su impacto en el desarrollo de las ciencias sociales en el noreste de México”, financiado a través de la convocatoria de Investigación Científica Básica 2017-2018 SEP-CONACYT, con referencia A1-S-29652.

² Aunque algunas clasificaciones incluyen otros estados en la región noreste, los tres seleccionados son los más ampliamente reconocidos por los académicos locales y entre los que existen dinámicas de intercambio más consistentes.

disciplinas sociales, principalmente en las tres universidades públicas estatales. Pesa a ello, puede afirmarse que el panorama de las ciencias sociales en la región, en cuanto a investigación y posgrados, seguía siendo bastante pobre al momento de la implementación de las primeras políticas de impulso a la calidad de la educación superior (Sandoval, 2008; Durin, 2011).

Del avance que se ha experimentado desde entonces dan cuenta diversos indicadores: 591 miembros del SNI en las áreas 4 (Humanidades y Ciencias de la Conducta)³ y 5 (Ciencias Sociales) en la región en el 2019, 58 programas en el PNPC en esas áreas (14 consolidados) en el 2020, así como un número creciente de publicaciones arbitradas. Asimismo se constata la presencia de una colectividad de científicos sociales adscritos a un puñado de IES, quienes se reconocen mutuamente y que, si bien su número y sus colaboraciones no han crecido en la medida deseada, se han mantenido estables y con algunas dinámicas de intercambio por al menos ya una década. Las instituciones reconocidas por los entrevistados como parte de esta colectividad coinciden claramente con aquellas con mayor presencia de miembros del SNI (ver tabla 1).

Para poner en perspectiva el crecimiento que representa la presencia de esta colectividad conviene considerar los siguientes datos: las áreas 4 y 5 del SNI pasaron de tener 37 miembros en la región en 1997 a 591 en el 2019.⁴ En ese periodo también pasaron de constituir el 13.7% de todos los miembros del sistema en la región a alcanzar el 26.1%. Con respecto al padrón nacional para las áreas 4 y 5, el

³ Se decidió considerar también el área 4, pues en ella CONACYT clasifica a disciplinas como la historia y la antropología, las cuales son identificadas por la mayoría de los académicos locales como parte de las ciencias sociales, criterio que coincide con la clasificación del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.

⁴ Un ejercicio realizado en el 2013 contabilizó 347 investigadores solamente en ciencias sociales, esto es,

Tabla 1. Principales instituciones de adscripción de los miembros del SNI áreas 4 y 5 en el noreste en 2019.

Tipo de institución	Institución	Miembros del SNI áreas 4 y 5 n
Universidades públicas estatales	Universidad Autónoma de Nuevo León	215
	Universidad Autónoma de Tamaulipas	99
	Universidad Autónoma de Coahuila	71
Universidades privadas de prestigio	Tecnológico de Monterrey (campus Monterrey)	99
	Universidad de Monterrey	43
Centros públicos de investigación	Colegio de la Frontera Norte (sedes Piedras Negras, Monterrey y Matamoros)	21
	Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (Unidad Regional Noreste, Monterrey)	8
Otras	Universidad Regiomontana (universidad privada)	4
	Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro (universidad pública)	4
	El Colegio de Tamaulipas (organismo público descentralizado)	2
	Otras 18 instituciones	25

Fuente: elaboración propia con datos del SNI.

Tabla 2. Crecimiento del número de miembros del SNI total y áreas 4 y 5 en el noreste.

Año	SNI Noreste n	SNI Noreste Áreas 4 y 5 n	SNI Noreste/ SNI Nacional %	SNI Noreste Áreas 4 y 5 / SNI Noreste %	SNI Noreste Áreas 4 y 5/ SNI Nacional Áreas 4 y 5 %
1997	270	37	4.3	13.7	2.1
2000	313	42	4.2	13.4	2.0
2005	512	101	4.7	19.7	3.2
2009	901	237	5.8	26.3	4.9
2014	1,332	330	6.2	24.8	5.1
2019	2,263	591	7.4	26.1	6.2

Fuente: elaboración propia con datos del SNI.

noreste representaba el 2% en 1997, mientras que en el 2019 acumulaba ya el 6.2%, esto supone un crecimiento porcentual mayor que el experimentado por todas las áreas SNI del noreste en su conjunto como porcentaje del padrón nacional durante el mismo periodo, el cual pasó del 4.3% al 7.3% (ver tabla 2).

Sin estar exentos de críticas, tanto el PNPC como el SNI son constantemente referidos como programas que han influido en la dinámica del campo científico social regional a través de la estructuración que inducen en las prácticas académicas e institucionales. En algunos casos, junto con los Cuerpos Académicos del PRO-DEP para las universidades públicas, se considera que han sido elementos clave en el surgimiento de programas de posgrado y núcleos de investigación, incluso en espacios institucionales que hasta entonces habían sido poco propicios para ello, por ejemplo en la Facultad de Trabajo Social de la UANL, en la Unidad Académica Multidisciplinaria Reynosa-Aztlán de la UAT o en el Tecnológico de Monterrey. “CONACYT en estos últimos 20 años”, comentó una profesora que ha ocupado cargos de dirección académica,

sí fue un elemento determinante que permitió consolidar programas de calidad al poner unos elementos de control y de desarrollo externos. No fue solamente el apoyo financiero. Introdujo también criterios de evaluación y reconocimiento externos y con cierta independencia de la institución. Inclusive, en caso de conflicto ganaba el PNPC sobre los intereses de la institución. Eso fue muy importante.⁵

Adhesión al patrón de legitimación académica y autoconcepto de los profesores-investigadores

Los profesores-investigadores en ciencias sociales en el noreste se conciben a sí mismos como un colectivo académico claramente diferenciado dentro del profesorado de educación superior. Esta diferenciación obviamente depende de la

casi el doble de los miembros del SNI del área 5 ese año, que era de 182 (Fouquet, Sepúlveda y Lejault, 2013). No tenemos la certeza sobre cuántos de los 165 restantes eran profesores-investigadores en IES, pero sí nos revela que un crecimiento importante de académicos en ciencias sociales podría estar ocurriendo también al margen del SNI.

⁵ Cuando se presentan citas de las entrevistas no se pondrá el acento en el sujeto individual que las emitió sino en su representatividad del sentido que el colectivo da a sus experiencias, por lo tanto no se identifica al entrevistado o se dan solo breves indicaciones sobre la clase de actor de que se trata.

adscripción a sus disciplinas y de su dedicación a la investigación, pero no se limita a ellas. Adicionalmente, es casi unánime que definan a las disciplinas sociales no solo por sus objetos de estudio sino, sobre todo, por una orientación crítica en la forma de estudiarlos. “Las ciencias sociales son críticas por definición; si no, ¿para qué sirven?”, comentó un entrevistado. Este rasgo definitorio posee profundas implicaciones y, aunque ciertamente es motivo de debates que no podemos desplegar aquí por falta de espacio, vale la pena señalar que opera como criterio para establecer qué disciplinas (o cuáles de sus orientaciones concretas) realmente pueden clasificarse como ciencias sociales. Por ejemplo, según algunos, la economía de orientación econométrica es excluida por no estar interesada en abordar “el factor humano y cultural” de los fenómenos que estudia.

Por otra parte, su autoconcepto como académicos revela claramente su adhesión al patrón de legitimación dominante que es impulsado por las políticas científicas, y los desmarca del trabajo de otros profesores que realizan actividades que podrían denominarse “investigación”, pero que consideran que no cumplen con los criterios de calidad que ellos han asumido. Algunos entrevistados expresan abiertamente que una parte del trabajo de investigación que se hace en las disciplinas sociales en la región es de “mala calidad” y refieren prácticas de simulación para obtener mayores beneficios de los programas federales. También hay opiniones que cuestionan la relevancia del trabajo realizado por grupos endogámicos que solamente “entre ellos se publican y entre ellos se leen”. Aunque algunas de estas críticas también se dirigen a colegas reconocidos, revelan unos estándares de calidad académica que excluyen del colectivo a la gran mayoría del profesorado de los programas de docencia que suelen clasificarse como ciencias sociales en las IES.

Este patrón también tiende a inducir un menor interés en la docencia en licenciatura, en posgrados profesionalizantes y, más aún, en programas no escolarizados o semipresenciales. Al referirse a la proliferación de estos últimos, una profesora ampliamente reconocida refirió enfática: “Las ciencias sociales no son de fines de semana. Las ciencias sociales tienen una discusión epistemológica y teórica muy diferente a lo que se da en esos programas”. Así, a pesar de la reciente proliferación de IES en la región que ofrecen programas formativos en disciplinas sociales según las clasificaciones oficiales, el colectivo de profesores-investigadores al que nos referimos se localiza únicamente en unas pocas instituciones (ver tabla 1) y tiene poco o ningún interés por lo que ocurre en otros espacios educativos.

Contexto hostil, dependencia del exterior y percepción de estancamiento: los límites de las políticas científicas

Luego del innegable desarrollo experimentado por el campo académico de las ciencias sociales comentado antes, es extendida entre los entrevistados la percep-

ción de que se ha entrado en una etapa de estancamiento o de desaceleración de su crecimiento y, sobre todo, que no se ha logrado consolidar una comunidad científica sólida. “Fragmentación” o “dispersión” de la comunidad, “parroquialismo” y “poca colaboración interinstitucional”, núcleos de investigación muy pequeños, ausencia de líneas de investigación claras y robustas, son algunos de los juicios vertidos al respecto. Algunos datos parecen respaldar, al menos parcialmente, estas impresiones. Por ejemplo, el crecimiento en el número de miembros del SNI de las áreas 4 y 5 en el noreste claramente se desaceleró entre el 2009 y el 2015. También comenzó entonces a decrecer ligeramente la proporción de académicos en estas áreas con respecto al total de miembros del sistema en la región, luego de que esta proporción alcanzó un máximo de 26.3% en el 2009, el cual todavía no se había vuelto a recuperar (ver tabla 2).

Otro indicador de un bajo nivel de consolidación lo encontramos en los niveles alcanzados en el SNI por los miembros de las áreas 4 y 5 en el noreste, especialmente si atendemos a la proporción del total que representan el nivel más alto (3) y el más bajo (candidato). Así, encontramos que en el 2019 únicamente el 2% ha alcanzado el nivel 3, mientras que el 37.1% tiene solo el nivel de candidato. Si seguimos esta misma forma de apreciar el grado de consolidación científica, comparativamente las áreas 4 y 5 en el noreste se observan menos consolidadas que la región en su conjunto (esta última tiene 3.4% investigadores en el nivel 3 y 27.8% en el nivel candidato) y todavía menos que las mismas áreas 4 y 5 a nivel nacional, las cuales tienen 7.4% de miembros nivel 3 y 28% de candidatos (ver figura 1).

Algunos académicos asumen cierta responsabilidad en la situación de estancamiento del campo pero, en la perspectiva de gran parte de los entrevistados, en el noreste existen condiciones culturales e institucionales particularmente hostiles hacia las ciencias sociales que tendrían un mayor peso explicativo para esta falta de consolidación. Las referencias a ello son amplias y diversas. Se la explica, en parte, por el predominio en la región de las actividades económicas e industriales y por la presencia de un empresariado ideológicamente activo que controla las



Figura 1. Porcentaje de miembros del SNI nivel candidato y nivel 3 en el 2019.

Fuente: elaboración propia con datos del SNI.

universidades privadas más importantes y ejerce fuerte influencia en los gobiernos locales. Por lo tanto, argumentan, en las IES se da preferencia a disciplinas como la ingeniería o la administración, y las autoridades educativas y gubernamentales son especialmente propensas a fomentar los proyectos de investigación directamente ligados a las actividades de la industria privada y a combatir la perspectiva crítica que caracterizaría la actividad de los científicos sociales.

Así, no es extraña la narración de episodios en que directivos universitarios rechazaron una propuesta de programa o proyecto con el argumento de que “las ciencias sociales no producen dinero”. En el caso de Nuevo León, también se cuestiona que los recursos públicos asignados a la ciencia se concentren en el proyecto del Parque de Investigación e Innovación Tecnológica, al que se juzga como emblema de una visión de la ciencia al servicio del desarrollo industrial. Consideran que esta hostilidad hacia las disciplinas sociales ha calado incluso en el imaginario social, al grado de que los padres “hacen todo lo posible para que su hijo o su hija no estudien ciencias sociales”.⁶

⁶ Hay otras impresiones sobre las causas de la relativa pobreza de espacios para las ciencias sociales en la región, aunque no se encuentran tan extendidas. Para algunos, se trata más bien de un desinterés generalizado hacia toda la investigación científica. Es sugerente que esta opinión sea planteada por investigadores que han ocupado cargos directivos en sus instituciones y conocen más directamente las dinámicas de toma de decisión.

La descripción de este contexto hostil es consistente con algunos elementos que permiten afirmar que el desarrollo del campo norestense de las ciencias sociales ha sido altamente dependiente de impulsos provenientes del exterior. Como muestra de ello podemos referir la relevancia persistente de la llegada de académicos desde el exterior (extranjeros, mexicanos formados en el extranjero o en instituciones ubicadas en la capital, como la UNAM y el Colegio de México) para impulsar programas y proyectos, o bien que sea ampliamente reconocido que la llegada de las sedes del COLEF (durante la década de 1980) y del CIESAS (instalado en Saltillo en 1997 y reubicado en Monterrey en el 2004), entidades académicas que tienen un modelo organizacional diseñado y gestionado desde fuera de la región, impulsaron un mayor nivel de consolidación científica.

También las políticas científico-educativas federales se perciben justamente como impulsos originados en el exterior, cuyos principios rectores no han sido realmente asimilados por las instituciones locales, cuando esto debería ser una de sus finalidades. Así, después de varias décadas en que la aplicación de estas políticas ha permitido echar a andar programas y proyectos, en muchos académicos persiste la sensación de que esto no ha logrado cambiar la desestimación de las disciplinas sociales en sus instituciones. Cuando los programas federales terminan o las condiciones de la institución ya no se alinean con sus objetivos, los intereses de estos académicos pueden perder todo el posicionamiento ganado. Comentan que en los últimos años es más difícil la apertura de nuevas plazas en sus áreas disciplinares, algunos programas de licenciatura y posgrado se han cerrado, y las iniciativas que plantean a sus directivos no suelen ser apoyadas cuando requieren recursos de la

propia institución. En la opinión de una académica, la alineación de las autoridades institucionales (particularmente en las de las universidades públicas estatales) con las políticas federales no ha estado motivada por la coincidencia con sus principios. Habría sido simplemente un movimiento estratégico en el que entregaron gran parte de su “autonomía académica al Estado, a cambio de conservar su autonomía en el uso de los recursos financieros”, manteniendo así prácticas discrecionales contrarias a los fines de las políticas que se implementan y que pueden inhibir el desarrollo académico.

Conclusiones preliminares

Los resultados de un primer análisis del material reunido en la fase exploratoria de nuestro proyecto nos arrojan un panorama general ampliamente compartido sobre el desarrollo de las ciencias sociales en la región noreste en las últimas tres décadas y sobre el papel que en dicho desarrollo han jugado las políticas científico-educativas que se han implementado a nivel federal. Con pequeños matices de apreciación, se reconoce que, de una situación en que las ciencias sociales (en un sentido alineado a los parámetros de calidad que el patrón de legitimación dominante exige) eran prácticamente inexistentes, se logró alcanzar en la primera década del siglo una reducida pero estable colectividad de académicos. Esto significó un importante proceso de desarrollo que, ciertamente, se considera que fue claramente favorecido por la implementación de las referidas políticas que lograron generar unas estructuras organizacionales y posicionar unos valores académicos que las IES locales no habían desarrollado por sí mismas.

Es justamente esta falta de alineación real entre los objetivos y valores de las políticas federales y los de las instituciones locales uno de los factores que se considera que explicarían que, pese al importante desarrollo conseguido, las ciencias sociales regionales hayan entrado recientemente en una fase de estancamiento o desaceleración. Es decir, de forma extendida se percibe que persiste el desinterés en el contexto local hacia la actividad del científico social. Esta percepción de la consideración de su actividad académica en la región y de su devenir en las últimas décadas propicia que predomine entre la mayoría de los entrevistados una noción de resistencia fuertemente asociada a su trabajo académico.

A partir de esta revisión podemos también identificar algunas rutas a profundizar en próximas fases de nuestro proyecto de investigación. En primer lugar, a pesar de la amplia coincidencia en percepciones entre los académicos aquí referidas y de algunos datos cuantitativos que parecen apoyarlas, se requiere una revisión más detallada de la evolución de los indicadores de desarrollo científico y, sobre todo, comparar esa evolución con la que ha ocurrido en otras disciplinas científicas.

cas en la región y en las ciencias sociales en otras regiones del país. Por otra parte, las coincidencias en el discurso de los entrevistados sugieren cierta periodización del proceso de desarrollo referido que habría de contrastarse con las que algunos autores han establecido para explicar la reconfiguración del profesorado a nivel nacional (y que aquí no han sido abordadas por falta de espacio). También cabe señalar que un segmento minoritario de los entrevistados no comparte la opinión de un criticismo inherente a las ciencias sociales, entre ellos académicos con alto reconocimiento en la comunidad. Esto nos sugiere que la discrepancia de opiniones en ese punto podría ser un elemento estructurador de algunas dinámicas del campo científico regional.

Finalmente, una de las más importantes conclusiones que pueden plantearse de manera preliminar es que, derivado del carácter exógeno de los impulsos que permitieron su desarrollo regional, las disciplinas sociales tendrían una articulación deficiente con la mayor parte de las dinámicas y los intereses de las IES locales. Estas últimas no habrían incorporado una genuina valoración de las disciplinas científicas sociales a pesar de que apoyarlas durante las últimas décadas les haya arrojado beneficios económicos y en reconocimiento exterior. Por ello en las siguientes fases del proyecto, además de profundizar en las líneas de indagación recién señaladas, se abre la necesidad de considerar con seriedad la pregunta por la viabilidad del futuro de este segmento del profesorado en la región, así como por la permanencia de algunas de sus disciplinas y de sus espacios académicos.

Referencias

- Álvarez Mendiola, G. (1999). Tradiciones científicas y cambio organizacional en las unidades académicas de ciencias sociales. *Sociológica*, 14(41), 81-101. Recuperado de: <http://www.sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/505/479>.
- Álvarez Mendiola, G. (2004). *Modelos académicos de ciencias sociales y legitimación científica en México*. México: ANUIES.
- Durin, S. (2011). La experiencia del CIESAS en el Noreste: de fronteras, nichos y desarraigos. En V. Novelo y J. L. Sariago (coords.), *La antropología en los márgenes* (pp. 67-90). San Cristóbal de las Casas: Universidad Intercultural de Chiapas.
- Fouquet, A., Sepúlveda López, M., y Lejault, A. (2004). Las ciencias sociales en el noreste. El difícil camino hacia la constitución de una comunidad científica. En A. Basail y O. Contreras (coords.), *La construcción del futuro: los retos de las ciencias sociales en México. Memorias del 4º Congreso Nacional de Ciencias Sociales* (pp. 848-857). San Cristóbal de las Casas: COMECO/UNICACH.
- Galaz Fontes, J., y Gil Antón, M. (2009). La profesión académica en México: un oficio en proceso de reconfiguración. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 11(2), 1-31. Recuperado de: <https://redie.uabc.mx/redie/article/view/237/754>.
- Galaz-Fontes, J., Gil-Antón, M., Padilla-González, L., Sevilla-García, J., Arcos-Vega, J. y Martínez-Stack, J. (2009). The academic profession in Mexico: Changes, continuities and challenges derived from a comparison of two national surveys 15 years apart. *RIHE International Seminar Reports*, (13), 193-212.

Gil Antón, M., y Contreras Gómez, L. (2017). El Sistema Nacional de Investigadores: ¿espejo y modelo? *Revista de la Educación Superior*, 46(184), 1-19. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.resu.2017.12.004>.

Sandoval Hernández, E. (2008). Las ciencias sociales en el noreste de México. Un análisis desde dentro. *Nósis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 17(33), 46-61. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/859/85912926003.pdf>.

Cómo citar este artículo:

Sordo Molina, J. C. (2020). Las políticas científico-educativas y las nuevas condiciones de los académicos en ciencias sociales del noreste de México. *Anuario Mexicano de Historia de la Educación*, 2(1), 43-53. DOI: <https://doi.org/10.29351/amhe.v2i1.297>.



Todos los contenidos de *Anuario Mexicano de Historia de la Educación* se publican bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional, y pueden ser usados gratuitamente para fines no comerciales, dando los créditos a los autores y a la revista, como lo establece la licencia.